

Estimado señor: "Libertad de expresión, hipocresía del poder" Este titular lo podemos leer en la gaceta del Club de Periodistas de México, ¿Pero que entendemos al respecto? si la censura por parte de la sociedad civil es tan equiparable y deleznable a la censura del estado.

El pasado 6 de Diciembre del año en curso, se llevo a cabo una comida en el ya citado "Club de Periodistas de México" que realizan mes con mes, previo a la entrega de premios del viernes 8 de Diciembre, la temática de estos eventos es la libertad de expresión.

Fuimos invitados los artistas plásticos, César Oropeza y un servidor Alejandro Bandala a exponer en el evento nuestra obra, pero para nuestra sorpresa nosotros fuimos parte de espectáculo de la censura; al llegar a la inauguración, descubrimos que una de las obras fue desmontada y embodegada, por orden y criterio del director del Club de Periodistas de México, Maurice Salum.

La obra, un desnudo masculino de gran formato, titulada "PROMETEO" fue censurada; intimidado por la desnudez humana, el señor Maurice director del recinto, considero inapropiada la obra, como para estar cerca del podio y del escenario. Lo mas indignante no fue el hecho de la censura, si no pregonar por mas de una hora la libertad de expresión, sin percatarse de lo irónico de lo sucedido; por mas que tiranizaron a los que controlan la libertad de expresión, no pasaron mas que a formar parte de ellos.

¿Y donde quedo la libertad de expresión? ¿Es esta la libertad de expresión que queremos por parte de los periodistas de México? ¿Con qué criterio decidimos lo que es correcto he inapropiado?

Nuevamente los artistas plásticos fuimos víctimas de la censura, ¿este retrogrado sentir del pensamiento Mexicano es parte de la actualidad?. La sonada apertura de los medios ¿acaso no es mas que un cambio de piel con actos de tinte moralista, para presentarse sumisos hacia la nueva administración federal, pensando que con esto tendrán su venia? ¿Quién mas seguirá?....

Lo más preocupante es que solo es el comienzo de las

cia tan sólo a fines del siglo XVIII, fue por mucho tiempo garantía de la supremacía holandesa.

Entre tanto, renació la industria papelerá francesa, después de haber sufrido una crisis terrible, cuyos efectos se dejaron sentir hasta 1725. En diversos sitios, en Bretaña, en el sudeste, en el Delfinado, en la Champaña y en el norte, aparecieron nuevas fábricas, pero los grandes centros de Auvernia y de la Charente no recuperaron el lugar que habían tenido en el mercado europeo. Todos o casi todos los países poseían ya una industria nacional. En Alemania, a finales del siglo XVIII, existían unas 500 fábricas, que producían dos millones y medio de resmas de papel al año. Y mientras que la industria italiana mantenía su actividad, Inglaterra, que a fines del siglo XVI sólo con contaba un exiguo número de molinos, poseía un centenar en 1696, creados muchos de ellos por hugonotes franceses. En 1722 se fabricaban 300 mil resmas. En 1750, un inglés, John Baskerville, concibió por vez primera la idea de fabricar papel vitela, sin puntizones ni corondeles. L7

Como hemos visto, los molinos de papel se multiplicaron en toda Europa y esa multiplicación respondía a un creciente consumo de sus productos y a una actividad cada vez mayor de las prensas tipográficas. Hubo asimismo investigaciones técnicas en esta época, en la cual se anuncia y se prepara la gran industria. Francia, que en este terreno conservó, quizá por mayor tiempo, los sistemas de fabricación artesanales y tradicionales, se retrasó un tanto durante la primera mitad del siglo XVIII e intentó más tarde reconquistar el tiempo perdido. Desmarestz, inspector de manufacturas, secundado por Écrevisse, ingeniero formado en Holanda, incitó a los grandes industriales de espíritu particularmente emprendedor —como los Réveillon de Courtalin-Faremoutiers en Brie, los Annonay, los Jannot y los Montgolfier (los primeros aeronautas)— a adoptar los nuevos procedimientos. El 26 de marzo de 1789, en vísperas de la revolución, los Didot, célebres impresores de París, que ya se habían esforzado por perfeccionar la prensa tipográfica, compraron las fábricas de Essonnes, donde diez años más tarde —en la misma época en que en Inglaterra y Alemania se buscaba el modo de sustituir la antigua prensa manipulada a brazo por una máquina más moderna— uno de sus empleados, el tenedor de libros Louis-Nicolas Robert, iba a construir, a su regreso de América, la primera máquina de papel continuo. Al iniciar el siglo XIX se precisaban, a fin de satisfacer necesidades nuevas de instrucción y de información, mayor cantidad de libros, de publicaciones oficiales y muy pronto de periódicos y, por consiguiente, de papel. Así se explica la introducción de procedimientos mecánicos en las industrias del libro y del papel.

renovadas fuerzas de la censura en México.

Atentamente
Alejandro Bandala
César Oropeza

tlingen, en 1489 en Landshut, en 1490 en Bres, en 1496 en Reutlingen. Pero los progresos eran muy lentos. Sólo hacia mediados del siglo XVI pudo Alemania bastarse a sí misma, y Nordlingen, Ausburgo y Nuremberg dependían, todavía en 1516, de los negociantes milaneses. En el oeste se recurría a Francia.³² De aquí que las ciudades de las orillas del Rhin, en las que la imprenta alcanzó tan brillante auge, siguieron siendo por mucho tiempo importadoras de papel.

Fenómeno sorprendente en verdad, pero no menos que el de los Países Bajos, donde la industria del papel se desarrolló aún más tardíamente. Plantin hacía traer por lo común de Champaña el papel que necesitaba.³³ Los Moretus, en pleno siglo XVII, seguían comprando su papel en Francia y los Elzevier, como consecuencia de la prohibición de comerciar con ese país,³⁴ se vieron obligados a cerrar su taller tipográfico y adoptaron, a fin de continuar con el funcionamiento de sus prensas, un tamaño minúsculo para aquella época, iniciando —a pesar de las quejas de los eruditos— su célebre colección en doceavo. Entre tanto, no faltaron negociantes holandeses que invirtieran fondos para desarrollar las fábricas de la Charente y se encargaron de vender la producción en toda Europa, desde Inglaterra hasta los países del Báltico y desde España hasta los Países Bajos. Incluso de fabricó, cerca de Angulema, un excelente papel con las armas de Amsterdam, que, como ya hemos indicado, abandonó el reino virgen y libre de impuestos a comienzos del gobierno de Luis XIV, para volver en forma de libros, y a veces de folletos, cuyo texto no siempre debió ser del agrado del gran rey.

La necesidad, empero, de fabricar papel en su propio territorio no tardó en hacerse sentir en Holanda, como había ocurrido en otras partes. Mientras los estados prohibían en 1671 la importación del papel francés, los neerlandeses creaban sus propios molinos. La necesidad de obtener mayor rendimiento y de poner remedio a los caprichos de su fuerza motriz nacional —el viento— dio origen a un invento nuevo: la sustitución de los antiguos mazos por cilindros que, destinados a la manipulación de los trapos, permitían fabricar más rápidamente papeles de mejor calidad. Este nuevo método, adoptado muy pronto en el norte de Alemania, y en Fran-

³² C. M. Briquet, *Les filigranes*, *passim*; A. Schute, "Die ältesten Papiermühlen der Rheinlande", en *Gutenberg-Jahrbuch*, 1932, pp. 44-52, y "Papiermühlen und Wasserzeichenforschung", en *Gutenberg-Jahrbuch*, 1934, pp. 9-27.

³³ R. Rooses, *Christophe Plantin*, 2a ed., Amberes, 1892, pp. 116 y 123. Para los ejemplares de regalo, Plantin compraba papel de Lyon y de Italia, de calidad todavía superior.

³⁴ R. Lebègue, *Les correspondants de Peiresc dans les anciens Pays-Bas*, Bruselas, 1943, p. 61.

c/2